



## CARTAS A MI TRIBU



Me llamo Mariana. Soy venezolana y crecí en España. Hace dos años viví un tiempo en Uganda. Estas son algunas de las cartas que escribí a mi familia y amigos, "mi tribu". Recogen las experiencias y reflexiones de los primeros meses en tierras africanas. Las comparto en agradecimiento a lo que me ofrecieron y en mi deseo de colaborar al acercamiento y el diálogo entre nuestros pueblos como camino para construir la paz.



### PRIMERAS IMPRESIONES DE UGANDA



Nkozi, 26 de abril de 2001

Querida tribu:

Les escribo desde la oficina de Peter en la Uganda Martyrs University, una universidad fundada hace 10 años por los obispos ugandeses. Está en Nkozi, una zona rural a 80 Km. de Kampala. Es un pequeño paraíso donde la vida transcurre con mucha calma.

Por el momento, observo y me sorprendo de todo lo que veo. El paisaje me resulta familiar y novedoso a la vez. Novedoso porque es muy llano y extenso. Familiar porque me recuerda el que se veía desde el cuarto de la abuela, lleno de matas de café, cambur, mangos, lechosas... Hoy mientras paseaba me acordé de los pueblos de la costa barloventeña, que aunque no los conozco, deben parecerse a estos alrededores, con sus gentes y costumbres. Pero aquí no hay mestizaje y las estructuras ancestrales están en un estado más puro que en Venezuela. Por lo que Peter me ha explicado, los valores tradicionales de la sociedad africana están en crisis fruto del contacto con Occidente. Sin embargo, tengo la impresión que sus raíces son muy vivas y profundas. A mi modo de ver, constituyen su fuerza y su debilidad...

La casa de Peter es un microcosmos. Cada día pasa gente nueva. Algunos comen, otros limpian, otros estudian, otros llegan sin avisar después de haber caminado más de 400 Km. para saludarlo y traerle plátanos,... Me parece que en África nadie está solo y la gente sabe que cuenta con su gente. Es algo impresionante. No me he sentido muy extranjera, a no ser por este colorcito mío que resalta un poco... Yo creo que eso es ser mestiza.

Pienso mucho en todos y sé que si no fuera por ustedes, yo no estaría aquí.

Querida tribu:

Los últimos que recibieron noticias mías fueron los residentes de "El Rosario". Les contaba que había conocido a Carmen, una misionera granadina del Sagrado Corazón amiga de Peter. Es médico y lleva varios años trabajando en Uganda, los últimos tres en Karamoja, una región del norte. Estaba de paso por Kampala y coincidimos en un entierro. Al día siguiente se iba a descansar a orillas del lago Nabugabo. Por esas cosas de la vida y después de una serie de casualidades, acabamos viajando juntas.

La casa donde llegamos está a orillas del lago. No teníamos agua corriente ni electricidad, pero disponíamos de lo necesario para cocinar. De todas formas, el jardín era tan acogedor, el paisaje tan bello y los días tan agradables que lo único que hicimos dentro de casa fue dormir. Desayunos, almuerzos y cenas, todos a la sombra de algún árbol, siempre frente al lago.

Nabugabo era algo que necesitaba desde hacía tiempo y ha sido clave para mí. Estos días me ayudaron a comprender que estaba en una actitud errónea con respecto a mi estadía en Uganda. Lo estaba tomando como un objetivo que cumplir y no se trata de eso ya que corro el riesgo de perder lo esencial. Hasta entonces, sentía que no estaba logrando lo que me había propuesto al venir, pero Uganda me está ofreciendo otra cosa y me está llevando de una manera inesperada, no sé hacia dónde. Fue muy liberador descubrir y aceptar todo esto. Volví a la universidad con un talante nuevo y más relajada. También comprendí que a pesar de querer entenderlo todo racionalmente, hay cosas que no se entienden, se viven, y me parece que aquí tendré que aprender a vivir.

Mañana comienzo las clases de francés. Las daré a un pequeño grupo de profesores, estudiantes y personal de la universidad. Ya les contaré.

Su nieta, hija, hermana, cuñada, tía, amiga...

19 de mayo de 2001

Querida tribu:

Unas cuantas líneas para saludarlos y estar un rato con ustedes. Los días en Nkozi transcurren entre las clases de francés, los encuentros con la gente, muchas conversaciones con Peter.

Estas tres semanas en Uganda me están ayudando a entender muchas cosas con respecto al "desarrollo" del llamado Tercer Mundo y nuestra manera de concebirlo. Tal vez porque el choque con el mundo africano, las reflexiones y cuestionamientos de Peter me han hecho entender situaciones que estando en España encontraba normales y en Venezuela me parecían parte de un proceso. En realidad lo son, pero de un proceso mucho más complejo.

Mientras más estoy aquí, menos me preocupa el desarrollo de los países del Tercer Mundo y más el de los países del Norte. Porque ahí está el problema. El desarrollo de los países del primer mundo reposa en su dependencia de las materias primas y la mano de obra barata de estos países. Por eso depende más del Sur que el Sur del Norte. La dependencia del Sur existe porque el Norte la creó, por eso se preocupa de atar muy bien las cosas para que no cambien y si tienen que cambiar sea siempre a su favor. Los países del Tercer Mundo, nuestros países, no son pobres sino empobrecidos y en un proceso de empobrecimiento aún mayor, porque nuestra forma de vida occidental reposa sobre la destrucción de estructuras sociales y económicas de pueblos y culturas enteras. No es un slogan panfletario. Es la realidad.

Por eso me da horror cuando encuentro gente como un profesor de la Universidad de Gante que vino a dar clases a los estudiantes de Arquitectura. Me contaba que viajaba caminando a través del mundo. Ha estado en el Tíbet, en el desierto del Sinaí, por el Machu Pichu, piensa hacer la ruta de la seda en China... Después de varios días conversando, me dice que le gusta hacer estos viajes a lugares "vírgenes" porque dentro de veinte años ya no existirán. Nuestro progreso los habrá transformado en ciudades llenas de edificios donde la gente no sabrá cómo vivir ni para qué vive porque todos sus referentes humanos habrán desaparecido y se encontrará perdida en medio de un mundo que no entiende... Viaja con la mirada de un arqueólogo del futuro, es decir, viendo las ruinas de lo que ahora es original, diferente, bello...Y eso no le da ni frío ni calor. Simplemente es la lógica del desarrollo económico, es normal, es así. Realmente, ¿tiene que ser así? O frenamos en algún lado, o las consecuencias van a ser muy violentas. No se puede actuar con tanta ceguera, impunidad y en detrimento de tanta gente sin pagar las consecuencias. El mundo es de todos y tenemos derecho a vivir en él, con nuestras diferencias y particularidades. No tengo soluciones, pero estamos urgidos a encontrarlas...

Los quiere,



Querida tribu:

Después de tanto tiempo sin dar señales de vida, me siento a escribirles la crónica de Karamoja. Carmen me invitó a visitarla y acepté encantada. No crean que los había olvidado. La experiencia fue tan fuerte que estaba buscando la forma de transmitirla sin caer en tópicos y comunicándoles lo mejor posible algo de lo que viví.

Salí de Nkozi el 3 de Junio, día de los Mártires de Uganda, una de las fiestas nacionales más importantes. Tradicionalmente se celebra en Nabugongo, el lugar donde los martirizaron. La universidad había organizado una peregrinación y salimos en autobús por la mañana. Fue una ceremonia llena de color con momentos inolvidables. Ese día, me quedé en Ggaba, una zona cercana a Kampala donde las monjas del Sagrado Corazón tienen su cuartel general. Desde allí viajé a Karamoja con Florence, una de las religiosas ugandesas.

### **PRIMERAS IMPRESIONES DE KARAMOJA**

El martes por la mañana nos llevaron temprano a la estación de autobuses. Florence volvía a la escuela secundaria que dirige en Kangole, un poblado cercano a Moroto, la capital de Karamoja.

Fue un viaje largo y pesadísimo porque las comodidades del autobús brillaban por su ausencia. Sin embargo, fue muy interesante porque cruzamos una buena parte del país de sur a norte y vas viendo paulatinamente el cambio de paisaje, de viviendas, de personas...

A partir de Soroti, la última gran ciudad donde el autobús se para, acaba el asfalto y empieza la carretera de tierra hasta Moroto. De repente, el paisaje se hace completamente plano, extensiones inmensas de tierra que se pierden de vista. Una tierra árida, con una vegetación dura, torturada, inhóspita.

A medida que nos acercábamos a Moroto crecía la impresión de estar en medio de ningún lugar. No se veía la carretera, íbamos atravesando esa explanada inmensa y me preguntaba cómo sabría el conductor hacia dónde se dirigía. De pronto aparecía un pueblito, para desaparecer en seguida, no se sabe ni cómo ni dónde. A lo lejos se percibían los techos de paja de las casas de los karimojong, protegidas por esos cercos de espinas que les proporcionan los árboles del lugar. Si el paisaje hubiera sido más árido, los poblados no se hubieran distinguido del resto de la vegetación.

En Moroto me esperaban Carmen y Paulina, otra religiosa española, de Soria, que lleva más de veinte años trabajando en la región. Es una mujer pequeña y menuda, con mucha casta. Tiene la piel curtida por el sol y los kilómetros recorridos a lo largo y ancho de esta tierra. Sus ojos azules, vivos y alegres, contrastan con su austeridad castellana. Trabaja en

la misión, junto a los combonianos y otra congregación misionera de origen keniano. Tuve la suerte de acompañarla a los poblados y estar con la gente. Habla el karimojong perfectamente y tiene una afinidad especial con ellos, como si su alma también fuera karimojong. Eso, sin quitarle que sigue descubriendo y aprendiendo sobre ellos cada día y que su presencia en medio de estas gentes no deja de plantearle interrogantes personales, a pesar de su convicción profunda de estar en el lugar que le corresponde... De Karamoja volví con la impresión de la complejidad y contradicciones de nuestro mundo, lleno de luces y sombras como tantas veces se ha dicho. No podemos eludir vivir en medio de ellas sin correr el riesgo de pasar al margen de la realidad y de nosotros mismos. Se trata de buscar un camino que permita una vida posible y digna. Pero, ¿cómo? No es sencillo ni hay respuestas prefabricadas que puedan exportarse sin más de una situación a otra. De eso estoy cada día más convencida.

Carmen me había preparado la habitación de una forma muy acogedora. Un "Mariana, bienvenida a Karamoja" me esperaba sobre el escritorio. Me daban la bienvenida en un lugar del que nunca antes había oído hablar como si hubieran estado esperándome desde hacía tiempo. Sentí que el mundo entero era mi casa...

## **SOMBRAS**

Karamoja es un claro ejemplo de los beneficios y los estragos que puede causar el "desarrollo" según se aplique o no partiendo de la realidad, en el respeto hacia las personas y contando con los recursos materiales y humanos propios de cada región. Creo que en Occidente, los principios los tenemos relativamente claros, pero a la hora de aplicarlos podemos hacer verdaderos desastres llevados por un ilusorio deseo de eficacia que no nos permite pararnos a ver, escuchar, aprender y trabajar con los pueblos que supuestamente queremos ayudar. Por la errónea actitud de pensar que los mal llamados países subdesarrollados no tienen nada que aportar a su propio desarrollo. Los hechos y las actitudes lo demuestran. En el mejor de los casos nos dejamos llevar por el sentimiento absolutista "todo para el pueblo, pero sin el pueblo"... Y digo "en el mejor de los casos" porque la buena intención no siempre está detrás de muchos proyectos de desarrollo. Para mí dos ejemplos claros fueron los trajes de los karimojong y el hospital de Moroto.

Los karimojong tradicionalmente van desnudos. Tanto hombres como mujeres se cubren con unas mantas sin costura que llevan con muchísima elegancia. Cuando el viento sopla, todo queda en el aire. Todos llevan pendientes y las mujeres muchos collares, entre ellos los que indican que el marido pagó por ellas las vacas que exige la tradición. No sé de dónde salió la idea de que era mejor que fueran vestidos, eso forma parte del progreso... En tiempos de Amín se obligó a los karimojong a llevar ropas occidentales, aún a costa de la vida de muchos que protestaron y se negaron a cumplir esa orden. En un lugar donde el agua es un bien precioso que no se ve durante meses, lo de lavar la ropa resulta un poco complicado y si a eso le añades que tienes que cambiarte para no contraer infecciones y

enfermedades, imaginen el cuadro. Van vestidos con verdaderos harapos, unos harapos que les dan la apariencia de mendigos, cuando son un pueblo orgulloso, con mucha prestancia, que no le ha pedido ni le debe nada a nadie, ya que él solo ha lidiado durante siglos con esa tierra árida a la que tiene que arrancarle cada alimento que se lleva a la boca.

El hospital de Moroto es de construcción occidental. Paredes, salas, camas, sillas, un quirófano... ¿qué más se puede pedir? Cuando llegas, lo primero que sorprende es ver gente por todas partes, especialmente en el jardín que rodea al hospital. Gente cocinando, durmiendo, echada por los rincones... Eran días de lluvia, así que el suelo estaba mojado y embarrado. Carmen me contó que se trataba de las familias de los enfermos, ya que si una persona tiene que quedarse en el hospital, la familia es la única que la cuida y alimenta. Eso todavía puede entenderse. El problema es que para un karimojong estar encerrado en una de esas salas es sinónimo de que va a morir, así que los mismos enfermos prefieren estar fuera, lo cual favorece que empeoren... Este no es sino un detalle. Mucha gente llega al hospital demasiado tarde, muy grave, porque antes han aplicado sus métodos tradicionales, esos que durante siglos han practicado y que la medicina occidental ha ignorado, si no condenado por completo. Por miedo, nunca dicen qué se le ha hecho al enfermo, de manera que el nuevo tratamiento puede producirle una reacción negativa ¿Por qué no tener en cuenta las costumbres de las personas? ¿Por qué no buscar una vía en la que se combinen distintos elementos curativos, los tradicionales y los exportados? Lo más grave, sin embargo, es que nosotros mismos, las personas del Tercer Mundo, podemos ser obstáculo para un desarrollo más equilibrado y armonioso. Hemos confundido y se nos ha presentado el desarrollo como la imitación de un sistema de vida que no es el de la mayoría de nuestros pueblos y culturas. Y se nos ha dicho tantas veces que lo hacemos todo mal, que lo mejor es lo que no somos ni tenemos, que al final hemos acabado creyéndolo y nos sentimos inferiores. No nos conocemos ni valoramos adecuadamente. Y lo único que nunca podremos hacer bien es ser lo que no somos: americanos y europeos, tampoco japoneses. Somos diferentes y eso no es un problema. El problema es creer que porque Moroto tiene un hospital occidental está más desarrollado, cuando en realidad, que lo tenga o deje de tener, no ha contribuido a solucionar el problema de salud de su gente.

## **LUCES**

Pero viví otras experiencias que me llenaron de alegría.

Lucy, una compañera de comunidad de Carmen, es maestra. Parece sencillo, pero cuando tienes una clase de 121 alumnos entre 11 y 25 años y un solo libro para enseñar el inglés, la biología, las matemáticas... las cosas se complican. No lo podía creer ni imaginar, así que cuando me invitó a su clase, no dudé en acompañarla. La clase de Lucy es un galpón largo y estrecho, más bien oscuro, con unas ventanas desvencijadas difíciles de abrir y cerrar. Algunos agujeros en el techo hacían que estos días de lluvia el salón estuviera un poco húmedo. Había tres filas de mesas. Me senté en una de ellas junto a dos niños. Y

empezó el milagro de la simplicidad. Una pizarra, una tiza, imaginación y una vocación muy clara para enseñar y comunicar fue todo lo que necesitó para dar su clase. En ningún momento levantó la voz y mantuvo la atención de los noventa chicos y chicas de una manera dinámica y natural. Los niños que tenía a mi lado apuntaban aplicadamente en el cuaderno los ejercicios que su maestra escribía en la pizarra. Me llamó la atención la rapidez con que captaban todo y sus ganas de participar. Pensé que, al contrario de nuestros niños, éstos no sufrían el constante bombardeo de ruido e imágenes que intenta captar su atención y mantenerlos fuera de ellos mismos. Tienen una inteligencia virgen, por decirlo de alguna manera y todo lo que reciben lo chupan como esponjas, igual que el agua la tierra en la que viven. Cuando acabó la hora de clase, Lucy los relajó sin moverlos del sitio y continuó con la materia siguiente...

Quedé maravillada de lo mucho que se puede hacer con tan poco... Basta querer. Evidentemente hay que optimizar esta educación, pero mientras llegan las mejoras, se puede trabajar con mucho fruto.

La escuela de Kangole fue otro milagro de sentido común y ganas de hacer bien las cosas. Florence nos había invitado a comer con su comunidad el domingo al mediodía. Después de la comida, visitamos el colegio. Igual que la mayoría de las escuelas que he visto aquí, se trata de un pequeño pueblo. Todas las niñas son internas y sólo regresan a sus casas durante las vacaciones. Me enseñó las clases, los dormitorios, el comedor, la cocina... Tenía la impresión de estar en un poblado karimojong. Pero lo que más me sorprendió fue la sala de informática. Había unos diez computadores nuevos. Me preguntaba cómo los harían funcionar, porque el problema de electricidad en esta región es grave. En Naoi sólo teníamos de siete a once de la noche. Cuando le pregunté, me dijo que ellas disponían de electricidad durante todo el día porque utilizaban energía solar. Cuentan con un sistema alemán muy moderno y bien mantenido. En un lugar como Karamoja, donde sol es lo que sobra, es la mejor solución, aunque sea costosa. A la larga salen ganando. El proyecto lo financió la embajada irlandesa. También me impactó el sistema de recogida de agua de lluvia en modernos tanques de muchísima capacidad que se llenan durante la estación de lluvias. Dos problemas vitales solucionados en una buena combinación de recursos propios y tecnología occidental. Eso me hizo pensar que podemos mejorar sin renegar de lo propio, potenciando lo bueno que nos ofrece la tecnología y con ganas e imaginación.

No voy a extenderme más. El lunes regresé a Nkozi y desde entonces estoy de nuevo en la universidad, con ganas de no moverme más y disfrutar de estos últimos días en Uganda.

Un beso a todos



Querida Tribu:

Quiero compartir con ustedes algo de lo que esta experiencia ugandesa ha significado para mí. Uganda me ha hecho pensar mucho en nuestros continentes y en la necesidad urgente que tenemos de crear una nueva interrelación basada en el conocimiento mutuo, más allá de lo epidérmico. Si es cierto que África tiene que renacer por ella misma porque es una cuestión muy profunda de identidad y autoestima, es un proceso que no puede hacer sola. No se trata de que los blancos (europeos-americanos) deban dejar África como tantas veces he oído. Se trata de establecer otro tipo de relación con las personas que han sido rechazadas y maltratadas por nuestros intereses económicos y de poder. Creo que ausentarnos completamente es profundizar la distancia que nos separa, al menos si esa ausencia significa abandono y no asumir nuestras responsabilidades.

Cuando hablo de una nueva relación, me refiero antes que nada a una relación de cercanía, de presencia no explotadora... Siento que los puentes de unión son muy frágiles, pero hay que seguir construyéndolos y fortaleciéndolos. Todos llevamos nuestras heridas personales, históricas... Nos separan muchas injusticias, incomprensiones, irresponsabilidades, actitudes cobardes... No es cuestión de ignorarlas para creer que no existen. Debemos mirarlas de frente y transformar con perdón lo que no podemos cambiar. Tener la voluntad y la valentía de crear juntos algo diferente que nos lleve a la vida. Las "luces" de Karamoja son para mí una semilla de esperanza.

Un conflicto que tuve con Agnes, mi amiga ugandesa, abrió este mundo de reflexiones y sentimientos. Era la tercera que me hacía y decía lo mismo: coger la palma de mi mano, verla, tocarla y seguidamente ver y tocar las suyas. "Tus manos son como las de un bebé, no como las mías, callosas y endurecidas, porque tu nunca ("never", un never que me llegó al alma) has trabajado". "¿Por qué te comparas? -le pregunté- yo no he tenido tu vida, ni tú has tenido la mía, pero podemos compartir y construir muchas cosas juntas" "¡Menos mal que no he tenido tu vida!" fue su respuesta.

Fue como si me diera en la línea de flotación. Hacía mucho tiempo que algo no me dolía tanto. En el momento se trataba de un cúmulo de sentimientos confusos. Me sentí injustamente tratada. Luego supe por qué. Entre Agnes y Mariana una conversación así no tenía sentido. Pero entre el resentimiento de un negro contra un blanco, sí. Eso fue lo que me cogió por sorpresa y me hirió. No contaba todo lo que habíamos vivido y compartido hasta entonces para borrar ese resentimiento, todo ese pasado. Desperté de mi "sueño dogmático" para caer en la realidad. La herida está abierta. Conflictos no resueltos,

nuestras debilidades... Sentía todo lo que me decía como un reproche no a actitudes que yo pudiera cambiar, sino a hechos que están ahí, que forman parte de mi historia y no dependen de mí. Hubiera podido decirle que tenía razón, que mis manos eran como las de un bebé porque nunca había trabajado como ella. Y ya está. Pero sentí un reproche en su voz que me hizo caer en esa tela de araña, en lugar de salvar la situación. Porque me hizo revivir otros rechazos parecidos, rechazos en los que se confundían mi persona con lo que yo representaba.

Cambiar nuestra mirada para construir nuevas relaciones. Ese es el primer paso. Romper el muro de prejuicios e imágenes prefabricadas del otro para encontrarnos y aceptarnos como somos: iguales y diferentes. Lo esencial es construir puentes entre nuestras culturas en medio de alegrías y sufrimientos, entre claros y oscuros, éxitos y fracasos. Construir y reconstruir estos puentes hasta convertir en fortaleza su fragilidad.

Siguiendo con el balance de estos meses, África me ha dado la oportunidad de descubrir a Venezuela y el problema de nuestra identidad bajo una nueva luz. Estamos ante el reto de construir una identidad hecha de multiplicidad de tradiciones e historias recreadas en un contexto nuevo, fruto de un encuentro original. Historias y tradiciones impuestas, negadas o ignoradas sistemáticamente, cuando no destruidas. Debemos reencontrarnos con nuestras raíces para saber quiénes somos, de dónde venimos, y cómo desde ahí relacionarnos con los demás y definir hacia dónde queremos ir. Lo del mestizaje suena muy bien, pero es una palabra que quiere y no quiere decir nada. Es un proceso viciado desde el momento en que no le damos el lugar que le corresponde a cada uno. Cuando comparamos y decidimos que nuestras raíces europeas son las mejores y las que hay que potenciar. Luego andamos cojos porque no entendemos qué es lo que nos impide ser completamente europeos. No voy a irme por las ramas. Quiero soñar con un proyecto común de sociedad donde cada uno ocupe su lugar y donde podamos reconocer en nosotros la herencia de los demás.

Es importante mantener y nutrir mi vínculo con África. También promoverlo entre los míos. Estamos en una dinámica donde perdemos demasiado manteniéndonos aislados y alejados unos de otros. Pienso que América Latina, tan cercana a este continente, debe relacionarse más con él. Una de sus raíces está plantada aquí y no puede entenderse a sí misma si no la descubre y se siente orgullosa de ella.

Uganda me ha marcado de tal manera que puedo parafrasear con alegría la afirmación de uno de los personajes de la película "Sabrina": "Venezuela es mi país de origen y Uganda es mi país natal"

¡Gracias África!



Mariana Blanco Rincon <[mariana@blancorincon.com](mailto:mariana@blancorincon.com)>